se agitaron sus labios rojos con un ligero temblor, saboreando de antemano las delicias desconocidas de un amor terrible.

Súbitamente, cubriendo el cuerpo de Colombel con unas prendas de ropa blanca que encontró á mano, lo cogió entre sus brazos y lo arrojó en su propio lecho.

Después, abriendo la ventana tranquilamente, envió sus besos á Julián.

IV

Cómplice por amor

Julián se creía víctima de una pesadilla. Cuando reconoció el cadáver de Colombel, le pareció la cosa más natural. Sólo Colombel podía estar en aquel lecho, con la frente destrozada, los miembros rígidos y mostrando en las contracciones de su cuerpo la más desenfrenada lascivia.

Atónito en su contemplación, apenas atendía las palabras de Teresa, que sonaban en sus oidos coms rumores vagos de una conversación lejana. Luego comprendió que se le estaba dando las instrucciones necesarias. Era menester que permaneciese oculto en la habitación hasta la media noche, en que el hotel quedaría en silencio. Ella tenía que asis-

tir á la velada que los marqueses daban aquella noche, y ya se cuidaría de entretener á todo el mundo para que nadie pensara en subir á sus habitaciones. Después, á la hora conveniente, Julián cargaría sobre sus hombros el cadáver, y sacándole fuera iría á arrojarlo al Cantaclaro, por bajo de la calle de Buen Sol. Según la tranquilidad con que Teresa se explicaba, nada tan fácil como realizar aquel plan.

Luego, acercándose á Julián y poniendo las manos sobre sus hombros, le dirigió una pregunta:

-Ha comprendido usted, ¿no es cierto?

-¡Oh! sí, sí-respondió Julián-todo lo que usted quiera, os pertenezco por completo.

Teresa aproximóse todavía más, y como él, aturdido por la emoción, no comprendiese lo que quería, explicó Teresa:

-¡Abrazadme!

Julián, temblando, la besó en la frente, y los dos quedaron en silencio.

Teresa había corrido de nuevo las cortinas de la alcoba, dejándose caer en una butaca, abismada en sus pensamientos. Julián, después de haber permanecido algún tiempo de pie delante de ella, sentóse también en una silla. A lo lejos se oían los rumores sordos de la casa; la

habitación, sumida ya en tinieblas, parecía dormida.

Durante una hora nadie turbó aquel silencio de muerte. Julián sentía abrirsele la cabeza, preocupado con los más encontrados pensamientos. Encontrarse en la habitación de Teresa era el colmo de la felicidad. Pero luego, cuando recordaba que allá en el fondo de la alcoba yacía tendido un cadáver, sentíase desfallecer, agitado por un temblor de muerte. ¿Y era posible que Teresa hubiese podido amar á aquel hombre? ¡Con qué satisfacción lo arrojaría luego al fondo del Cantaclaro, en aquel sitio profundo y negro que él sabía! Y luego gozaría el premio de su hazaña con una felicidad que jamás se hubiera atrevido á soñar, en el lecho mismo que ahora ocupaba el cadáver. Pero aquel lugar estaba frío, con frío de muerte, y esto le producia una horrible repugnancia.

En el fondo de su butaca, Teresa per manecía inmóvil, con la cabeza entre las manos, sin dejar adivinar los sentimientos que en aquel momento le animaban.

En medio de aquel sepulcral silencio, sonó la campana de un reloj. Teresa se levantó lentamente, y encendiendo las bujías de la estancia, comenzó los preparativos de su tocado con la mayor tranquilidad y como si hubiese olvidado por completo el cadáver que yacía detrás de las cortinas de su alcoba.

—Yo me voy á arreglar... si viene alguien os esconderéis en la alcoba—exclamó con la mayor naturalidad, dirigiéndose á Julián con la confianza que pudiera hacerlo á un antiguo amante.

Con los brazos desnudos, arreglándose su peinado delante del espejo, presentábase excitanda los voluptuosos deseos de Julián; como si tratase de seducirlo con sus encantos para que cumpliese fielmente con su cometido.

Fuera se oyó ruido como de alguien que se acercaba.

—Pronto, escóndase usted en la alcobo—dijo á Julián.

Y rápida como el pensamiento, corrió las cortinas, arrojando sobre el cadáver de Colombel la ropa interior que en aquel momento se había desnudado, y que aun conservaba el calor profundo de su cuerpo.

Francisca apareció en la estancia diciendo:

-Vamos, os llaman, señorita.

 Voy en seguida, Francisca—repondió Teresa con la mayor naturalidad.
Ven, ayúdame á poner el vestido.

Julián, detrás de las cortinas, con el pañuelo en la boca para que no se oyese el rechinar de sus dientes, contemplaba temblando la audiencia espantosa de aquella mujer. Junto á él, bajo la camisa tibia de Teresa, asomaba uno de los pies fríos del cadáver. Si Francisca hu-

biese alargado el brazo descorriendo las cortinas, se hubiera encontrado á los pies de su hijo muerto.

—Dame las flores, Francisca—ordenó Teresa, sin que se notase la menor alteración en su voz.

Vestia un elegantisimo traje de seda blanco guarnecido de rosas, y con su cuello y brazos desnudos, cuya blancura se confundia con la de la seda, parecía Teresa, arrogante y deslumbradora de hermosura, un hermoso bouquet de flores.

—¡Oh! qué bella estáis, señorita—exclamó Francisca llena de complacencia: —y la guirnalda, ¿dónde la habéis puesto?

Y dirigiendo una mirada por la habitación, puso una mano en las cortinas de la alcoba como para buscar en la cama. Julián ahogó en su garganta un grito de angustia, mientras Teresa, siempre impasible delante del espejo, decía sonrien do, sin inmutarse:

—Está sobre la cómoda... no toques mi cama... tengo ahí mis cosas y me las desordenarías...

Prendió una hermosa guirnalda de rosas en su cabeza, y ya dispuesta se contempló por última vez satisfecha en el espejo.

—No hay en la iglesia una virgen tan hermosa como vos, señorita—exclamó Francisca contemplando la hermosa figura de Teresa. Sonrió ésta ante aquel nuevo cumplimiento, y se dirigió á la puerta, diciendo:

-Vamos, bajemos... ya puedes apa-

Quedó la estancia á obscuras, y oyó Julián el ruído de la puerta al cerrarse y el rozar de la seda por el suelo del corredor. Julián permanecia sentado en el fondo de la alcoba sin atreverse á salir: no veía nada, pero sentía la sensación glacial de los pies desnudos del cadáver. Hacía un rato que se encontraba sumido en una torpe somnolencia, cuando sintió que bruscamente se abría la puerta de la habitación. Por el roce del vestido conoció que era Teresa, la cual, aproximándose á la cómoda y dejando algo sobre ella, exclamó:

—Aquí dejo esto... Usted no ha debido comer, y es necesario que tome usted algo... Y se oyó de nuevo el ruido de la joven al alejarse.

Julián salió de la alcoba, donde se ahogaba por su proximidad al cadáver. El reloj dió las ocho; le quedaban todavía cuatro horas de permanencia en la habitación.

La débil claridad de las estrellas le permitía distinguir apenas las sombras de los muebles. Los extremos de la estancia permanecían en la más completa obscuridad; sólo la luna del espejo brillaba con débiles destellos. Julián, de ordinario, no era propenso al miedo; pero en aquella ocasión sentía el rostro inundado 'de sudor. A su alrededor, las masas negras de los muebles formaban sombras extrañas y amenazadoras. Varias veces creyó escuchar débiles suspiros en el interior de la alcoba, que le llenaban de pavor. Luego, prestando atención, oía los rumores de la fiesta de allá abajo, los harmoniosos sonidos de la música y los sordos murmullos de los invitados. Y cerrando los ojos, veía iluminarse de pronto la-negrura de la estancia, y contemplaba la figura hermosisima de Teresa, valsando vertiginosamente en los brazos de un adorador. Todo en palacio respiraba un aire de felicidad; sólo él, en el fondo de aquella habitación maldita, permanecía muerto de terror. Un objeto brillante, abandonado sobre un mueble, llamó de pronto su atención. Avalanzóse sobre él y lo tomó entre sus manos. Era un corsé de Teresa; Julián se cubrió la cara con la adorable prenda, y aspiró con voluptuosidad los perfumes que exhalaba.

¡Oh, qué delicia! Todo, todo lo olvidaba; no era aquella una velada de muerte, era una noche de amor. Y apoyando su frente contra los vidrios y sus labios en la prenda de su amada, recordó la histo; ria de sus amores. Allá en frente, al otro lado de la calle, distinguía su habitación, donde, con los encantos de su música, había concluído por seducir á Teresa. Y aquel pedazo de tela, que besaba apasionado, era parte del cuerpo de su amada, allí dejado como un anticipo, para que no se impacientase. Su sueño le parecía tan real, que, alejándose de la ventana se dirigió hacia la puerta creyendo que le llamaban. El frío de la estancia le producía un estremecimiento furioso. Luego cuando hubiese dejado el cadáver en el río, volvería á los brazos amantes de Teresa. Y sacudido por una crisis nerviosa, mordía el corsé de su amada, restregando su cara con la prenda para ahogar sus sollozos de deseo.

Sonaron las diez. Julián escuchó, volviendo de su ensueño como si hubiese pasado mucho tiempo. Buscando por la habitación, tropezaron sus manos con el pan y las frutas puestos sobre la cómoda, y comió ávidamente para satisfacer el desfallecimiento que le consumía. Aquello le daría fuerzas. Después que hubo comido, se sintió sumido por una laxitud inmensa. La música del baile se oía cada vez más clara, y se escuchaba también el ruído de algunos coches que comenzaban á rodar. Mirando hacia la puerta, apercibió como el brillo de una estrella por el hueco de una cerradura. Julián no se ocultó; ¡tanto peor si entraba alguno!

—No, gracias,—se oyó decir á Tere sa que apareció con una bujía en la mano;—yo mé desnudaré sola... Acuéstate, que debes de estar cansada.

Una vez en la habitación, y después de haber cerrado la puerta, permaneció un momento inmóvil con la bujía en la mano. El baile no había alterado en nada su semblante. Dejó la bujía, y sin hablar palabra, sentóse frente á Julián, permaneciendo así por espacio de media hora.

Todas las puertas se habían cerrado, y en el palacio reinaba un silencio profundo. Lo que inquietaba á Teresa era la proximidad de Francisca. Durante algunos minutos se oyó andar á aquélla de un lado á otro; luego se oyó el ruído que hacía al acostarse. Por algunos minutos se la notaba en la cama como presa de insomnio; por fin se apercibió la respiración fuerte y regular que denunciaba su sueño.

Teresa miraba fijamente á Julián, sin pronunciar una palabra.

-¡Vamos!-dijo por fin.

Y descorriendo las cortinas de la alcoba, comenzó la tarea de amortajar el cadáver de Colombel, rígido ya por completo. Cuando concluyeron la fúnebre tarea, los dos estaban llenos de sudor.

-¡Vamos!-exclamó Teresa por segunda vez.

Julián, sin hacer el menor esfuerzo y de un solo golpe, cogió el cadáver, y echándoselo sobre sus hombros como los matarifes cargan los carneros, enderezó su cuerpo de gigante, y quedó el cadáver con los pies á un metro del suelo.

—Yo iré delante,—murmuró Teresa en voz muy baja;—cogeré á usted por el gabán, y usted no tiene que hacer más que dejarse guiar.

Y comenzaron la marcha. Desde luego, había que pasar por la habitación de Francisca. Esto era lo más comprometido. Ya habían cruzado la habitación, cuando una pierna del cadáver hizo rodar una silla. Al ruído se despertó Francisca, levantando la cabeza y pronunciando algunas palabras. Julián y Teresa permanecieron inmóviles; ella junto á la puerta y él agobiado bajo el peso del cuerpo, esperando con pavor que se levantase Francisca sorprendiéndoles en la fúnebre tarea de llevar al río el cadáver de su hijo. Fué un momento de angustia terrible. Por fin, Francisca volvió á dormirse, y los criminales siguieron cautelosamente por el corredor. Pero todavía tuvieron que sortear otro peligro. La marquesa no se había acostado aún, y un hilo de luz se escapaba por entre la puerta medio abierta. Entonces no se atrevieron á avanzar ni á retroceder. Julián pensaba que el cuerpo del raquítico Colombel se le escaparía de sus hombros si tenía que pasar de nuevo por la habitación de Francisca. Durante

un cuarto de hora no se movieron, teniendo Teresa la espantosa serenidad de sostener el cadáver para que Julián no se fatigase tanto. Por fin, se apagó la luz de la habitación de la marquesa, y pudieron descender al piso bajo. Estaban salvados.

Teresa abrió de nuevo la antigua puerta condenada. Y cuando Julián se encontró en medio de la plaza de las Cuatro Mujeres con su terrible carga en los hombros, contempló por última vez, en lo alto de la escalinata, la figura radiante de Teresa con los brazos desnudos y su deslumbrador traje de baile.

Así le esperaría.

V

¡Dormir.... dormir siempre!

Julián tenía una fuerza de un toro. De joven se entretenía en ayudar á los matarifes y en transportar grandes troncos de árboles sobre sus hombros. Así es que llevaba el cadáver de Colombel como si fuese una pluma, marchando regocijado, con alegría maldita. Aquel raquítico Colombel no se burlaría más de él, y al considerar que su mortal enemigo, su rival, estaba ahora rígido y frío, no podía menos de sentir una diabólica satisfacción; y afianzándolo sober

su cuello con un enérgico movimiento de hombros, crujía los dientes y adelantaba el paso.

La ciudad permanecía envuelta en la mayor obscuridad; sin embargo, en la plaza de las Cuatro Mujeres, había luz en la ventana del capitán Pidoux: sin duda el capitán se encontraba indispuesto; se veía su prolongada silueta vendo y viniendo delante de la ventana. Julián, sobrecogido, investigaba los edificios que tenía enfrente, cuando ovó toser á una persona. Julián se ocultó en el quicio de una puerta reconociendo á la mujer del notario Savournin, que tomaba el fresco mirando las estrellas, lanzando hondos suspiros. Esto era una fatalidad. De ordinario, á aquellas horas, en la plaza de las Cuatro Mujeres reinaba gran silencio. Felizmente, la señora Savournin volvió pronto al lado del honrado notario, cuyos sonoros ronquidos se oían desde la calle. Cuando aquella ventana se hubo cerrado, Julián atravesó precipitadamente la plaza, esquivando siempre la luz que se escapaba de la mansión del capitán Pidoux.

Por fin entró en la calle del Buen Sol; allí las casas estaban tan próximas y la vía era tan tortuosa, que la claridad de las estrellas no llegaba hasta el suelo. Cuando Julián se vió en aquella obscuridad, un deseo irresistible de correr le impulsó á emprender brusca-